
Mirar la realidad de frente

Susan Sontag

Para una estadounidense y neoyorquina como yo, triste y consternada, Estados Unidos nunca pareció estar más lejos de reconocer los hechos como después de la última y monstruosa dosis de realidad del martes pasado. La falta de conexión entre lo que realmente ocurrió y cómo se lo puede interpretar y la estupidez santurrón y engaños absolutos que pregonan virtualmente todas las figuras públicas y comentaristas de televisión estadounidenses es asombrosa y deprimente.

Las voces autorizadas a seguir de cerca este acontecimiento parecen haberse unido en una campaña destinada a puerilizar la opinión pública. ¿En dónde está la admisión de que éste no fue un ataque "cobarde" contra la "civilización", la "libertad", la "humanidad" o "el mundo libre", sino un ataque contra Estados Unidos, la autoproclamada superpotencia del mundo, cometido como consecuencia de determinados intereses y acciones estadounidenses? ¿Cuántos ciudadanos estadounidenses están al tanto del actual bombardeo de los Estados Unidos contra Irak? Y si se debe utilizar la palabra "cobardemente" sería más apropiado utilizarla para aquellos que matan fuera del campo de la represalia, desde lo alto de los cielos, que para los que están dispuestos a morir para poder matar a otros. En cuanto al tema del valor (una virtud moralmente neutral), independientemente de lo que se diga sobre los autores de la masacre del martes, no eran cobardes.

Los dirigentes de Estados Unidos se muestran propensos a convencernos de que todo está bien. Estados Unidos no tiene miedo. Nuestro espíritu es inquebrantable. "Ellos" serán perseguidos y castigados (quienesquiera que sean "ellos"). Contamos con un presidente robotizado que nos asegura que Estados Unidos sigue ocupando un lugar preponderante.

Un amplio espectro de figuras públicas, que se oponen fuertemente a las políticas que persigue este gobierno en el extranjero sienten

aparentemente la libertad de afirmar, nada menos, que se mantienen unidos detrás del presidente Bush.

Nos dijeron que todo está bien, o va a estarlo, a pesar de que el martes fue un día que vivimos con infamia y que Estados Unidos está ahora en guerra. Pero no todo está bien. Y esto no fue Pearl Harbor.

Es necesario pensar mucho en todo esto y es posible que ya se lo esté haciendo tanto en Washington como en otros sitios, respecto del colosal fracaso de la inteligencia y contrainteligencia estadounidense, de las opciones con las que cuenta la política exterior de Estados Unidos -en Oriente Medio en especial- y de lo que es realmente un programa inteligente de defensa militar.

Pero aquellos que ocupan cargos públicos, los que aspiran a uno, o los que alguna vez lo ocuparon -con la voluntaria complicidad de los principales medios de prensa- decidieron que no se debe pedir a la opinión pública que cargue con demasiada carga de realidad.

La unanimidad de la retórica mojigata y silenciadora de la realidad recitada por funcionarios y comentaristas estadounidenses en estos últimos días no es digna de una democracia madura.

Los dirigentes y aspirantes a dirigentes de Estados Unidos nos hicieron saber que consideran que su función pública es manipuladora: restaurar la confianza y manejar la pena.

La política, la política de una democracia -que ocasiona desacuerdo y promueve la equidad- ha sido reemplazada por la psicoterapia. Lamentémonos juntos. Pero no seamos estúpidos juntos.

Algunas pizcas de conciencia histórica nos ayudarían a comprender lo que ocurrió y lo que seguirá ocurriendo. "Nuestro país es fuerte", nos dicen una y otra vez. Personalmente, esta frase no me consuela del todo. ¿Quién puede dudar de que Estados Unidos es fuerte? Pero esto no es todo lo que Estados Unidos debe ser.

Traducción: Silvia S. Simonetti